J. Marcial Dorado

LA CRUZ DE CORALITO

Fragmentos de una leyenda andaluza

(Obra premiada en público concurso)

MADRID
LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA
20, San Bernardo, 20
1908

J. Marcial Dorado

La Cruz de Coralito

Fragmentos de una leyenda andaluza
(Obra premiada en público concurso)

MADRID
LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA
29, San Bernardo, 29
—
1908

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Est. tip. de los Hijos de F. Marqués, *Madera*, 11.

I

La de la cara bonita,
la morena y sevillana,
que al pie de la cruz bendita
entregó su alma cristiana.

Así decía la copla, que antaño, señores míos, llevaba de una orilla á otra orilla del Guadalquivir famoso, el eco doliente de los cantores trianeros, recordando en la reja morisca, donde lucían su gentileza las mozas enamoradas, el drama sin par de la pobre Coralito...

La de la cara bonita,
la morena y sevillana,
que al pie de la cruz bendita
entregó su alma cristiana.

Existía allá, en los primeros, revueltos y gloriosos años de la pasada centuria, en el valle que domina la extensa vega de Sevilla por el lado de San Juan, entre las mismas feraces tierras donde nuestro castizo Mateo Alemán puso la acción graciosa de su picaresco *Guzmán de Alfarache*, un extenso labrantío que se nombraba el *Cortijo de las palomas*.

La faja plateada del río de las leyendas, estrechaba los límites del cortijo, fecundando con sus aguas el suelo bravío, que, á los dulces cariños del generoso Bétis, respondía con los brotes frondosos de sus prontas y exuberantes cosechas.

En un extremo de la finca, matizando los verdores de la campiña, alzábase con donaire, sencilla y alegre casita blanca.

Entremos dentro.

Modesto y rústico es su menaje.

Modesto y rústico es el porte de sus honrados moradores. Casi todas las habitaciones vénse ocupadas por los aperos necesarios y propios de la labranza. La pieza mayor, grande y cuadrada, es el corazón de aquella vivienda; es hogar y tertulia á un tiempo; es á la vez, punto de reunión, lugar de franca cita, donde la familia del señor Juan el *Templao*, y donde los mozos de la gañanía juntábanse á menudo en las horas del paro y del reposo, á desentumecer los cuerpos machacados por la diaria tarea, á charlotear de los pícaros afrancesados con decires chistosos, y á sangrar el barrilete del aperador, gustando, cuando permitía la generosidad de éste, y no era poca, unas cañitas de vinillo de la hoja, mosto barato y sin veneno de las celebradas bodegas del Condado.

La casita blanca, remataba su

edificación, muy desigual pero muy pintoresca, con un templete, á manera de pomposo atalaya, mezcla de un desdibujado estilo gótico, con enyesados moriscos de dudosa calidad, gastados y arañados en sus pobres capiteles, por la acción destructora é irreverente del tiempo.

En aquel templete, dando vistas á la vega soñadora, donde las rubias mieses se huelgan y se confunden con los rojos naranjales y los verdes limoneros, allí el señor Juan había establecido la casa de las palomas.

Y, cuando en los días estivales, á las horas del atardecer, soplaba suave la brisa fresca entre el murmurio rítmico de la corriente, los alados inquilinos del moruno templete, salían arrulladores é inquietos á posarse en los hombros del *Templao*, y á comer, palpitantes de contento, el trigo, en las manos

chiquitas y sonrosadas de una reina, la reina de aquellos campos... Coralito,

> La de la cara bonita
> la morena y sevillana,
> que al pie de la cruz bendita,
> entregó su alma cristiana.

II

El señor Juan, aperador y encargado del Cortijo de las Palomas, tenía puestos sus cinco sentidos en Coralito, hija única, y única alegría de su vivir, desde que, muerta su buena compañera, cuando la niña apenas contaba siete años, fué acostumbrándose á no gozar de más afectos y á compartir los suyos entre el cortijo y su hija.

Coralito había nacido allí, en la casita blanca; en medio de la encantada vega; en la estación primaveral de las renovaciones, sonreída por todas las venturas; for-

mada en las sencillas liberalidades de una vida sin artificio. Recibió cada día el beso del sol radiante; y á todas horas la envolvía el perfume vital de la naturaleza, nunca tan pródiga en derramar esplendores como allí, en sus predilectas tierras: los bordados y vigorosos campos andaluces.

Coralito era la hija del señor Juan; pero también era la hija del Cortijo de las Palomas. Todo en él la reclamaba como suya, como cosa propia. Los azahares habrían cerrado sus pétalos y perdido su aroma incomparable; el suelo habría endurecido su seno, tan blando como fértil; los gnomos del undoso Guadalquivir habrían callado sus músicas, imponiendo silencio á las murmuradoras aguas, y las palomas del templete habrían muerto de tedio y de espanto, si Coralito allí no reinase y desapareciera alguna vez, olvidándoles.

Coralito, pues, lo era todo, lo llenaba todo en el Cortijo de las Palomas; y en muchas leguas á la redonda no había mozuela que pudiera disputarle el cetro de la gracia, de la hermosura, de la ingenuidad y de la candidez más agradables.

¡Qué mucho que el *Templao*, maravillado de su obra, adorase en ella con devoción entusiasta, de iluminado! Y á la verdad, podía afirmarse que el señor Juan puso cuanto pudo para perfilar con exquisiteces de un no vulgar espíritu, el alma hermosa y anhelante de Coralito. El le sirvió de preceptor y de maestro; con su padre balbució las letras del alfabeto; con su padre emprendió el derrotero de la vida apurando á montones los pesares; con su padre partió dichosa los afanes mil del tiempo, casi

siempre duro y casi siempre escaso; con su padre, en fin, elevó al cielo la mente, preludiando con religioso sentimiento las dulzuras de una existencia superior, sin rival, inenarrable.

Coralito intercedía por el gañán despedido; daba abrigo al menesteroso; consolaba al cuitado, entregaba su pan al necesitado viandante. Siempre solícita, siempre bondadosa y siempre amable ganaba voluntades y corazones.

III

Cuando la genial protagonista de mi leyenda llegó á contar dieciséis abriles, los amorcillos primaverales picáronle en lo hondo del corazón.

Una mañana de Otoño, á la misma hora en que el *Templao* daba órdenes en el tajo á los mozos y jornaleros, Rafaelillo, el sobrino del

cura de San Juan, llegaba á la puerta del palomar, y silbando un aire de seguidilla, hizo aparecer en la ventana del templete morisco, el busto gentil de la graciosa cortijera.

—Coralito, quiero que hablemos.

—Pues empieza, hijo mío, y despacha pronto, antes que venga padre.

—Es mucho lo que tengo que decirte...

—Rafaelillo... no me inquietes, habla, habla ya...

—Baja... Coralito... baja, que son cosas muy graves...

—¿T'as empeñao, hijo, en embromarme?...

—Por mi saluita, Coral de mi alma, que son cosas muy graves.

—Pero, ¿cómo bajo ahora? condenao, ¿á la hora mismita que vuelve mi padre del tajo?...

—Un momento, un momento,

Coral... que me voy del pueblo...

—¡Eh! ¿qué dices? Entoavía tiés metía en el cuerpo esa locura. Te has propuesto, ya lo veo, maldecío, asangrar mi corazoncito...

—Me voy, sí, porque...

—Rafael, calla... y vete, vete ya... mira á la loma.

—Sí, el señor Juan que viene... pero yo tengo que hablarte, no hay más remedio, hoy mismo... Tú dirás.

—Pero, ¿dónde? Rafael, ¿dónde?... Aquí no pué ser en toa la tarde. Hay muchos ojos.

—¿No vas al pueblo?

—Iré... pero allí tampoco puede ser, Rafaelillo.

—Coralito, ¿me voy á volver loco?...

—¡Ay, qué apuro!... dónde nos vemos; ¿dónde?... ¡ah!.. ¡qué idea!.. Mira, saldré, sí, pero no iré al pueblo: aguárdame en la cruz... En

la cruz ¿sabes? y... vete ya... corre, hombre; ¿no reparas que está mi padre encima?

—Sí, me voy, no me atosigues más, en la cruz ¿eh?

—Sí, en la cruz, adiós.....

Coralito entornó las puertas de la ventana. Siguió con su mirada entre incierta y triste la figura de Rafael, que se alejó á atraviesa surco, y bajó á echar los brazos al *Templao*, caricia con que recibía de ordinario al autor de sus días, cuantas veces el señor Juan, después de una faena, tornaba al caserío.

IV

Aquel día, también el señor Juan estaba triste. Coralito que leía en los pensamientos de su padre, le amonestó con dulce gazmoñería para que abandonase el mal humor.

—No tengo nada—le decía...—

presentimientos, hija, sólo presentimientos.

Hoy viene el amo; me ha enviado razón. Quiere arreglarlo todo, porque se va fuera de Sevilla; quizás fuera de España.

—¿Y qué importa, padre? ¿Corre peligro nuestra situación? ¿Porque el amo se vaya tendremos que irnos? ¿Se va á cerrar por esto el Cortijo de las Palomas?

—¡Ni que lo pienses, hija! Ca, no es eso... Mira Coralito... El amo es bueno, muy bueno, un santo, tú lo sabes. Pero con estas revueltas y estas cosas de los franceses, está expuesto á un tropiezo... y esa es mi preocupación; ese es mi temor, y estoy inquieto y... no vivo...

—Pero, ¡padre!

—Sí, hija mía, el amo es liberal y han dado en llamar á los liberales, traidores, herejotes, amigos de los franchutes. Ayer tarde el mismo

cura me calentó la cabeza y, tuve que decirle, casi enfadado, que se equivoca; que mi amo será todo lo que él quiera, pero es cristiano, muy cristiano. Pos toavía siguió el padre Joaquín empeñao, que un cristiano que no quiere na con los frailes y hace guerra á la inquisición, no pué ser bueno. Miá tú, Coralito, pues si supiera que yo pienso al igualito que el amo y que yo no pueo creer tampoco que nuestro padre Jesús vea bien que se mate y se achicharre á los pobrecitos pecadores... En fin, que estos líos y esta rabia que tiene la gente de Iglesia... me da, pero que muy mal agüero, Coralito.

Cortó aquí el *Templao* el hilo de sus pesadumbres, besó á la hija de su alma y salió.

La bella cortijerita quedó abatida, profundamente abatida; su espíritu, se llenó de sombras,

de recelos, de siniestros temores.

Ella... claro, pensaba como su padre. Acudían á su memoria tantos recuerdos... recuerdos que parecían una acusación...

Recordaba que en los doblados de la casita blanca, en un ángulo lindero con el templete de las palomas, conservaba el señor Juan un vetusto mueble: un arcón viejo, especie de *sancta sanctorum* de familiares recuerdos. Muchas veces sus manos atrevidas hicieron rechinar los goznes del arcón, y hasta la enmohecida cerradura había sufrido las violencias de la nerviosidad inquieta de la chicuela, que afanosa, buscaba sondear indefinibles misterios, traslucidos no más que débilmente en las pláticas llenas de unción cuasi proféticas y cuasi religiosas del magnánimo *Templao*. En horas silenciosas, favorecidas por una dulce y sin duda

providencial soledad, Coralito removió con satisfacciones indecibles los fondos de aquel arcón histórico, depósito donde el señor Juan parecía perpetuar las glorias de sus antecesores, oscura raza de corazones valientes. No encontró la audaz cortijera joyas de buen precio, cuya estima abonaran repujados y preciosos metales de los antiguos tiempos; ni tampoco empolvados blasones que revelaran doradas leyendas; ni siquiera gruesos pergaminos, cantores mudos de las heroicidades de los abuelos. Algo más grave, más rudamente maravilloso que todo esto encontró Coralito. Apilados por diestra mano, por mano de cierto cuidadosa, dormían ignorados en un rincón del mueble, un rimero de libros, como intactos, como invulnerables á la dura acción de los años. En sus horas silenciosas de dulce y providencial

soledad, el rimero de libros fué deshecho muchas veces y otras tantas ordenado con toda la paciencia y con todo el deleite de un bibliófilo peritísimo. En la memoria bien lozana de la hija del aperador estaban grabados los títulos de aquellos libros, y con los títulos páginas enteras y emocionantes de los mejores; de aquellos que impresionaran su juvenil espíritu más hondamente. La *Historia de la Inquisición*, *La fe de los hugonotes*, *Los papas y el Cristianismo*, y entre otros, un antiguo ejemplar del *Nuevo Testamento*, al que faltaba algunas hojas de las Epístolas más interesantes, llegaron á turbar la indiferencia de sus cortos años, sumiendo á Coralito en extáticas meditaciones.

Recordaba también que en aquellos ratos de lectura y de curioseo, sus ojos habían descifrado en un ro-

llo de papelotes, rotos unos y agujereados y con borrosos signos los más, el historial doloroso y un tanto espeluznante de los padres del *Templao*, acusados y perseguidos por el Santo Oficio como reos viles de un odioso delito que así lo decía la sentencia: «*no oyen misa ni confiesan, y son comunicantes de las liberalidades heréticas de los luteranos, que sólo adoran á Cristo.*»

Una vez Coralito había sido sorprendida, cogida *in fraganti* en sus anhelosas inquisitivas. Buceaba con sus manos en el fondo del arca vieja cuando llegó *el Templao* y díjola sonriente, aunque con forzado tono regañón: «¿qué haces aquí, chiquilla? ¿qué descaro es éste? ¿sabes tú acaso lo que valen esos papeles, atrevida?» Las mejillas de la indiscreta *delincuente*, arreboláronse súbitamente de rojo carmín, y alzando los ojos brillantes, dirigió

una mirada de terneza al autor de sus días, tratando de disculpar su acción con estas palabras:

—Padre, no te enfades... ¡pero me gusta tanto saber las grandes cosas de la familia!...

—Te has anticipado... y bueno está. Esperaba el día en que mi Coralito fuera más juiciosilla y tuviera más asentá esa colmena, esa cabeza de pajarillo, para revelarle las *grandes cosas* de la familia, como acabas de decir, y muy bien dicho.

El señor Juan y su hija pasaron aquel día horas y horas, él relatando los dramáticos episodios de los abuelos, ella escuchando absorta y pensando admirada en la grandeza de alma de sus nobles antepasados, de aquellos herejes que habían muerto perseguidos, torturados, condenados por los inquisidores de la fe.

A partir de este día, las pláticas

sobre el tiempo viejo que rememoraban aquellos papeles y aquellos libros del arcón, menudearon entre la ingenua cortijera y el veterano aperador. Este había revelado á su hija todas las ideas de su alma, todos los sentires de su corazón, como si se tratara ya de un amigo, de un confidente experimentado en los azares del vivir. Por su parte la mozuela, haciéndose digna de estas revelaciones, departía con su padre grave y razonadora, mostrando complacencia en hacer suyas las opiniones del señor Juan, en cuyo rostro pintábase la alegría más efusiva. Muchas veces Coralito, leyendo las historias de los mártires del fanatismo y los pasajes culminantes de la vida de Jesús, exclamaba como en un transporte de íntima y natural exaltación:

—¡Qué hermoso es esto! ¡Y qué

horrible, padre mío, que por amar todo esto se mate á los hombres!

Desde el momento que el *Templao* anunció la próxima llegada del amo, é indicó de pasada lo que éste creía y lo que el cura de San Juan pensaba, todos estos recuerdos asaltaron la mente de Coralito y la reina del cortijo sintió una negra turbación de ansiedad y de recelos.

Al fin, la idea de la cita con Rafael, á la tarde, en la cruz de la loma, la sacó de estas meditaciones, que la espantaban. Púsose, entre aturdida y vacilante, á despachar los menesteres de la casa, á intentar distraerse subiendo y bajando á los doblados de la casita blanca, ligera y afanosa por arreglarlo todo, para cuando el señor Juan volviese y pidiera el refrigerio.

¡Coralito anduvo aquel día más torpe que nunca!

¡Coralito estuvo aquel día más triste que en todos los días de su vida!. . . . . .

V

Fumándose estaba el señor Juan el cigarrillo de postre, y apurando su taza de café, cuando el eco de alegre cascabeleo le anunció que alguien se aproximaba al cortijo. A los pocos instantes una charretela tirada por cuatro jacas alazanas, de pura sangre andaluza, dando al aire sus madroñeras de colores, hizo alto en la puerta de la casita blanca.

—Dios le guarde, don Antonio— dijo el *Templao*, acercándose sombrero en mano, á su amo.

—¡Hola, querido Juan! ¿Hay novedades?

—Las que usted traiga; por aquí todo marcha adelante.

—Me alegro; ojalá pudiera yo

decir lo mismo... Pero vámonos dentro, si no hay gente.

—En seguidita, don Antonio. Estamos solos. Los muchachos están en el tajo. Sólo Coralito anda por ahí trajinando.

Amo y sirviènte penetraron en la casa. Sentáronse junto al hogar, y el dueño del cortijo de las Palomas dijo á su aperador estas palabras:

—Mira, Juan; por algo te dicen el *Templao*, y no en balde tienes mi confianza muy merecida. Haz de tripas corazón y... pecho á lo que voy á decirte.

—Hable sin miedo, don Antonio, que na me espanta.

—Pues óyeme. Esta misma noche salgo para Francia. Ya no puedo vivir en mi tierra, Juan. Si no me voy me echan. Me echan sí, por hereje, dicen, por afrancesado. Y como tú sabes algo de estas

cosas, bueno es que te enteres de todo en previsión de que hayas de sufrir por mi causa. Tiempo hace, Juan, que yo padecía horriblemente. Me saca de quicio el proceder inicuo y vengativo de los llamados guardadores de nuestra religión, los tétricos inquisidores del Tribunal de la Fe. ¿Y qué hacer? Sin pena de la vida ó merma de la hacienda, ¿quién era capaz de protestar? Y he callado, he callado largos años, horrorizado ante los martirios sufridos por innumerables hijos de esta tierra. La entrada de los franceses ha puesto al rojo esta cuestion de la fe. Muchos piden en nombre del verdadero cristianismo que se anule la potestad de esos inquisidores. Hace tres días el Alcalde-Corregidor ha reunido á los caballeros veinticuatro del Concejo, y á los vecinos ricos de Sevilla, para organizar una acción defensiva

contra los franceses... ¡Ay, Juan! ¡Cuánto puede el orgullo humano! ¡cuánto puede el fanatismo de los hombres! Unos cuantos tuvimos alma valiente, y... con claridad, con energía, con fortaleza de convicción, expresamos nuestro sentir en estas palabras: «Como hijos de »esta tierra querida, protestamos »del yugo extranjero. Protestamos, »sí, de que alguien loco, pretenda »esclavizar nuestra patria. Pero la »patria no existe sin dignidad. El »amor á la patria no se sostiene »con afrenta. Y sería indigno y »afrentoso no oponer al empuje del » invasor, que á nombre de las libertades y á nombre de la cultura »quiere conquistarnos, una declaracion firme, terminante, que de»muestre con evidencia cómo sabemos enaltecer la libertad, amar la »cultura y practicar la religion, sin »tiranía; sin que de extraños pue-

»blos nadie venga á darnos ejem»plos que no necesitamos. Y sea »señores regidores esta declaracion, »de nuestra noble ciudad, la si»guiente: El Concejo de Sevilla, al »protestar enérgica y solemnemente »contra el cínico Napoleón, decreta »como primera muestra, como pri»mer paso de sus energías conci»liadoras con el progreso, la diso»lucion del Tribunal de la Fe, por»que la fe de Cristo la sentimos en »nuestros corazones, sin que nos »sea preciso el acicate sangriento »de los inquisidores, vergüenza de »España». . . . . .

¡Buena fué la que se armó! Amigo Juan, aquéllos no eran hombres. Las fieras del desierto son más humanas. Nos insultaron; nos amenazaron; nos echaron; hasta comenzaron creo á pregonar nuestras cabezas. La declaración fué tenida por atroz delito, por gravísimo pecado,

y contra ella se aprobó y quedó en firme, como la más santa, como la más divina, como la más cristiana, esta otra afirmación: «que el patriotismo estaba concentrado en su más pura esencia en los inquisidores; que ellos eran los depositarios de la más pura fe; y que atacar al Tribunal era atacar á la patria...» Ya está dicho todo. Heme aquí, pues, perseguido por traidor, por hereje y por afrancesado..... ¿Qué te parece?

Un grito de angustia, estridente, conmovedor, mezclóse al eco de las últimas palabras pronunciadas por D. Antonio, y en medio de la estancia se precipitó Coralito, llorosa, desencajada mirando con espanto al señor Juan, clamando sollozante con acentos de suprema tristura y repitiendo con voz entrecortada por la emoción profunda estas palabras: «¿qué va á

ser de mi padre, D. Antonio?».....

Movida por los atisbos de la curiosidad, sintiendo allá en el fondo de su alma presentimientos desgarradores, la cortijera oculta á las miradas del amo y del aperador había escuchado punto por punto el relato fatídico del caballero del Concejo expulsado por hereje. Había medido con toda la perspicacia de una heroína curtida en los azares espinosos del sacrificio el alcance terrible de la situación en que todos se hallaban. Las frases de don Antonio, punzando en su memoria, hicieron revivir los siniestros recuerdos del arcón viejo y las historias cruentas de aquellos papelotes roídos y amarillentos, volvían á su mente retocando con vivos tonos el cuadro de los dolores de sus antepasados. Nuncio de iguales torturas le parecieron las declaraciones del amo. Por presagio de los mis-

mos sufrimientos, tomó Coralito aquella relación estupenda de lo que acababa de ocurrir en el Concejo sevillano. Creyó que era llegada la hora decisiva, fatal, de continuar aquel drama de familia cuyos secretos sorprendiera en las revelaciones de los borrosos pergaminos, y confirmadas por las ingenuas franquezas que tuvo para ella su buen padre. Comprendía que en aquel drama cabíales por triste suerte el desempeño de los primeros papeles. Temía el empuje de aquellas luchas, de aquellas adversidades alguna vez soñadas pero nunca como hasta ahora en camino de padecerlas y vivirlas.

Ella... que no había librado otros combates que las escaramuzas alegres y ruidosas sostenidas con los alados inquilinos del templete morisco... ¿tendría que entrar en lid con los taimados y poderosos defen-

sores de la fe? ¿Tendría que ser víctima obligada de los furores implacables de aquellos verdugos que por creer ó no creer acabaron con las vidas de sus nobles ascendientes? Ensimismada en estas reflexiones y dándole vueltas á las mil conjeturas que su genial imaginación inventaba, la reina de la casita blanca, permaneció algunos momentos abrazada á su padre, sumida en silencioso sopor, hasta que el *Templao*, se irguió con majestad sencilla, separó á la hija de sus entrañas; miróla fijo un instante; miró también á su amo, y señalando con noble altivez hacia la puerta, exclamó:

—Vámonos cada cual á lo suyo. Ya está todo hablao y comprendío, D. Antonio. Usted sin perder tiempo á ponerse en salvo. El cortijo de mi cuenta queda... Tú, muchacha, á orar por ti y por tu padre..... Y

toos tengamos calma: ¿no sabemos ya que en medio de los leones se hace mú grande la fe de los cristianos?..... .....

VI

Aun se escuchaba el alegre cascabeleo de las jacas alazanas, que á largo trote llevaban á D. Antonio camino de Sevilla, cuando Coralito cruzaba la loma que dividía el cortijo de las próximas heredades, y se sentaba junto á la cruz, donde horas antes había dado cita al sobrino del cura de San Juan.

Sin duda era temprano, y Coralito quería emplear el tiempo en sus devociones, porque apenas reclinó su cuerpo sobre la cruz, sacó de su pecho un libro. Leía en él absorta. Embebida con místico deleite iba pasando y repasando las páginas. Habían transcurrido en esta actitud algunos minutos. Repentinamente dirigió su mirada hacia el camino, y arrodillóse abrazando la cruz... ¿Oraba?... Sí, oraba... El viento llevó de cuando en cuando, entre dulces suspiros el eco gemidor de estas frases cortadas y piadosas: «Cristo mío... ¿será ver»dad?... Si no queremos á esos »hombres ¿somos malos cristia»nos?..... Cristo mío: *cree y serás »salvo tú y tu casa* dijiste... ¿y esto no lo saben esos hombres?... Cris»to mío: «*no quiero la muerte del »pecador sino que se arrepienta y »viva*»; así hablaste. ¿Tampoco lo »saben esos sacerdotes?.....»

Sobre el hombro sintió la piadosa cortijera una palmada que la interrumpió en sus meditaciones. Volvió su rostro transfigurado por una expresion de atrayente tristeza, y encontró á Rafael de pie contemplándola...

—¡Rezabas...! Coralito.

—¡Oraba...! Rafael.....

.....

Era Rafael un apuesto mozo, de muy simpático porte y de muy francas maneras. El tío había tenido empeño en dedicarle á la iglesia; pero Rafael no se avino con la vida del seminario, donde de mal grado cursó dos años con poco aprovechamiento. El cura le sermoneaba de continuo, le reprendía con frecuencia su despego á vestir los sagrados hábitos y aun le avergonzaba no pocas veces ante los más significados devotos de la feligresia, complaciéndose en pintarle las incertidumbres de un porvenir nada halagüeño, por no haber querido ser un buen hombre, un buen servidor del altar, términos que significaban una misma cosa para el cura de San Juan.

«Este pícaro niño, decía á menudo el párroco á sus contertulios, me

cuesta muchos quebraderos de cabeza. ¡Dios lo sabe!... Su pobre madre (que esté en gloria) murió en la confianza de que á mi lado el muchacho sería un personaje... Y á fe que lo he intentado. Porque si es verdad que los tiempos andan malos para los ministros de nuestra santa iglesia, con este aluvión de herejías que nos ha caído encima, tambien es verdad que no hemos de tener toda la vida, montados en las narices, á liberales y franceses, que nos ultrajan las creencias y nos apuran el ánimo, acabando con la poca paciencia que nos queda. Pero ¡que si quieres! El niño ha dicho: ¡nones!, y nones han de ser. Y aquí me tienen ustedes, pasando por la vergüenza de ver á ese mocetón, corriéndole en tonto los mejores años, cuando otros, á su edad, van camino de ordenarse en el santo sacerdocio, de cuyos cui-

dados tanto han menester nuestras gentes, en estas tierras sin religion. Y cualquiera le hace una advertencia al mocito, que tiene revuelto el seso con amoríos que me dan muy mala espina y que se ha metido en danzas políticas de muy dudosa gloria y de muy poco provecho.» Aunque así hablaba de su sobrino el párroco de San Juan de Aznalfarache, más con la intención de sonrojarle en público, para vengarse del despecho que le producía la invencible repugnancia que sintiera el seminarista por el ministerio sacerdotal, es lo cierto, que Rafael no había perdido para su tío la buena estimación y el buen concepto que siempre le merecieran, sus personales prendas, desde muy niño. Porque Rafael era una alma sincera y un corazon blando y generoso, pero á la vez una inteligencia en embrión, casi caótica. De

ésto, buena parte de culpa tenía el cura, espíritu rutinario que vivía en el siglo XVI, apenas sin darse cuenta de que corría el siglo XIX. Educó al sobrino con la esperanza de verle un día paladín y primera figura de la iglesia, y el sobrino llegó á la adolescencia, por todo saber, con el inútil bagaje de un largo aprendizaje en los oficios sacristanescos, que hicieron del chico un buen acólito y nada más. La viveza meridional, característica del pueblo andaluz, las amistades granjeadas en la ciudad de las románticas leyendas, las agitaciones políticas de aquellos tiempos, sacudieron en Rafael las telarañas de su magín. Cuando el tío no estaba presente gallardeaba entre sus amigos: «quiero ser un hombre de mi época,» repetía; pero este rasgo con que pretendía demostrar su prematura independencia, borrábase ante

las órdenes del cura, que acataba sumiso y cariñoso, aun cuando su cumplimiento le contrariase ó le pusiese en ridículo ante los vecinos del lugar, lo que sucedía muchas veces.

Este día de la cita contábalo Rafael como uno de los más decisivos y solemnes en el curso de su vida. Por propia voluntad no había querido ser paladín de la iglesia, en el altar ó en el púlpito, pero se había rendido á serlo como soldado, defendiendo en las milicias contra liberales y franceses á los representantes del Tribunal. ¡Tanto pudo el cura de San Juan y á tanto llegó la buena fe de Rafael! Sólo una idea turbó su infantil alegria. El trago amargo que le aguardaba en la cruz, con su amada Coralito, al llegar la hora de la separación y de las revelaciones... Pero la separación sería tan corta... y las re-

velaciones tan gratas... que Rafael, sin titubear, marchó al encuentro de la reina del cortijo á cumplir su palabra.....

—Estás hoy muy triste...

—Como nunca.

—Lo comprendo, niña, pero no te apures, todo se remediará.

—¿Que lo comprendes?... ¡Qué sabes tú, Rafael, lo que pasa por mí en estas horas amargas!...

—Sí lo sé, Coralito... Por eso quería hablarte... para evitar tus congojas... para detener las desgracias...

—¿Las desgracias? ¿qué dices? No te entiendo... ¿qué dices, Rafael... que me da frío de muerte el pensarlo?...

—No quiero que te asustes. Ten ánimo, tontuela... Tras unos tiempos, otros vienen...

—Acaba, Rafael, de explicarte... Quiere irme ya...

—¿Cómo? De ninguna manera. Escucha, Coralito... El cortijo de las Palomas, se acabó para ti.

—Rafael, estás demente; deliras, adiós, adiós.

—No, no, ven acá... un instante... un instante no más... No deliro. El cortijo de las Palomas acabó para ti. Es fuerza que así sea. Vendrás conmigo... Ahora... ahora mismo. No temas... La casa del señor Joaquín, el cura de nuestro pueblo, será tu santuario. Allí estarás tan segura y tan reina como en los campos; mientras, yo iré á cumplir grandes misiones del Tribunal y del Concejo sevillano, y á pelear por la patria contra los franceses en defensa de la fe de nuestros padres. Volveré presto y, todo ya en calma, el cura de San Juan bendecirá la unión de la reina del Cortijo, con Rafaelillo, con este loco... con este delirante... ¿no es verdad?

Entonces la voz timbrada de la doliente cortijera con todos los bríos de una conciencia herida, contestó:

—No es verdad, no. No será así, Rafael. Marcha cuando quieras; cuanto antes, si así te place, á cumplir... esos deberes de una fe que mata á los hermanos... Marcha ya, y no te detengan mis clamores, que soy una tontuela; que no entiendo de estas cosas del mundo y de los hombres... Bien lo has dicho otras veces... Marcha, sí, pero yo quedo aquí orando por ti y por los tuyos, que lo necesitáis. Marcha, no hablemos más; yo aquí quedo; aquí estaré al lado del señor Juan, de mi padre de mi alma; y luego... luego... Dios dirá.

Rafaelillo, excitado, preso de agitación, cogió, súbitamente por un brazo á su amada, volvióla frente á la cruz y exclamó con ademán resuelto:

—Imposible, Coralito... vendrás conmigo... ya... en este momento... Al cortijo de las Palomas, no puedes volver. Debes saberlo todo. El Tribunal ha confiscado los bienes á D. Antonio; ha dictado mandato de prisión contra él y... ¡contra tu padre! Y hoy... hoy mismo ¿lo entiendes? se cumplirán estas órdenes. Por eso, en tanto que todo se arregla para que ninguno sufra, Coralito... para que ninguno sufra, mi casa será tu fortaleza y será mi templo.

No oyó más la hija del *Templao*. Dió una brusca sacudida; soltóse de los brazos de Rafael, y corrió veloz como una loca hacia la casita blanca. . . . . .

VII

Cuando la desolada reina de los campos traspuso los linderos de la heredad de D. Antonio las sombras

de la noche extendían su negro capuz, sobre el silencioso cortijo de las palomas, y ya la maldad de los hombres se había consumado. El señor Juan *el Templao*, sacado por los alguacilillos del Concejo, había sido conducido á Sevilla. Los mozos de la gañanía, vueltos al pueblo, contaban asombrados el suceso. Y cuando á la mañana siguiente, el sol albo reaba, despertando las palomas del templete morisco, allá en la loma, al pie de la cruz, el rocío de la otoñada, cubría como sagrada y bienhechora mortaja de la madre na turaleza, el cuerpo rígido de Coralito, cuyo rostro níveo mirando al cielo, parecía dormir el sueño celestial de los mártires y de los justos.

Y es fama, señores míos, en toda la comarca, que una mano angélica, invisible, grabó sobre el ma-

dero de la loma, para testimonio y ejemplo de las generaciones futuras, la copla que repetía el eco doliente de los cantores trianeros, de una orilla á otra orilla del río de las leyendas moriscas, melodiando el drama de la fe, el drama de la sin par Coralito,

La de la cara bonita,
la morena y sevillana
que al pie de la Cruz bendita
entregó su alma cristiana.

De venta:
en todas las librerías
al precio de
50 CÉNTIMOS